
El fin de la utopía: ciencia ficción chilena y el colapso de la Concertación en Flores para un cyborg (1996), 2010: Chile en llamas (1998) y Synco (2008).

José Sullivan
Washington University in St. Louis, jpsullivan@wustl.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/alambique>

Digital Part of the [Latin American Literature Commons](#)
Commons

Network Recommended Citation

Sullivan, José (2021) "El fin de la utopía: ciencia ficción chilena y el colapso de la
Concertación en Flores para un cyborg (1996), 2010: Chile en llamas (1998) y Synco
(2008).," *Alambique. Revista académica de ciencia ficción y fantasía / Jornal acadêmico de
ficção científica e fantasia*: Vol. 8 : Iss. 1 , Article 3.
Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/alambique/vol8/iss1/3>

Authors retain copyright of their material under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial
4.0 License](#).

I. Introducción

En 1996 el premio a la mejor novela inédita entregado por el Consejo Nacional del Libro de Chile se lo llevó, para sorpresa de muchos, *Flores para un cyborg* (1996), de Diego Muñoz Valenzuela. Una novela de ciencia ficción ganaba, por primera vez, un premio literario asociado generalmente a paradigmas realistas. Gran parte de las críticas que aparecieron en los periódicos de la época coincidían en que se trataba de una *rara avis*: la ciencia ficción nunca fue un género demasiado ponderado en los círculos literarios chilenos ni en los medios de comunicación. Se la consideraba un producto extranjero, desconociendo la tradición de un género que tuvo, antes de los años de la censura dictatorial, exponentes bastante relevantes. Si bien Muñoz Valenzuela no fue, en ningún caso, el primer autor de ciencia ficción chilena, la relevancia que le dio el premio y la posterior publicación de la novela en Mondadori, lo hicieron parecer el primero¹. Más allá de la apariencia de novedad, que de un plumazo borraba autores tan importantes como Hugo Correa y Elena Aldunate, lo interesante de la reacción de la época es que los temas que trata la novela—y la cf en general—habían tomado de repente un lugar central.

Muñoz Valenzuela puso en clave de ciencia ficción uno de los tópicos más relevantes del fin de siglo. La revolución tecnológica traía consigo nuevas promesas de modernización para un continente hasta hace poco azotado por dictaduras y represión totalitaria, y que veía en la innovación digital e internet una forma de mirar hacia el futuro con esperanza. Sin embargo, el optimismo de Muñoz Valenzuela duraría poco. Ya entrados en la primera década del siguiente siglo, la literatura de ciencia ficción se ganaba un lugar dentro del campo literario chileno, con autores ocupando lugares relevantes en los medios de comunicación, en el mercado editorial y la academia, pero que planteaban una mirada radicalmente diferente a la de Muñoz Valenzuela. ¿Qué sucedió entre los años en que Muñoz Valenzuela se entregaba confiado a la revolución tecnológica y la década siguiente en que la ciencia ficción nos abrumó con una avalancha de distopías?

Lo que abordaré en este ensayo es cómo el viaje desde el optimismo de *Flores para un cyborg*, pasando por *2010: Chile en llamas* (1998) de Darío Oses, hasta *Synco* (2008) de Jorge Baradit, narra el colapso de esa promesa utópica traída por la revolución tecnológica y los procesos de democratización asociados a ella. Si a finales de la década de los noventa se podía coincidir con Muñoz Valenzuela en que la inteligencia artificial no solo podía resolver los problemas sociales de un país en transición, sino también los del pasado dictatorial, en la década siguiente la tecnología se reveló como una idea fuera de lugar: dislocada, exógena e inapropiada. Este proceso, argumentaré, ocurre junto con el colapso de la Concertación² y su narrativa de optimismo y excepcionalismo tecnocrático, sustentado en el retorno a la democracia después de la derrota de Pinochet en el referéndum de 1989. En resumen, planteo una lectura de la ciencia ficción chilena

que va desde la utopía tecnológica hasta la distopía tecnofóbica como un correlato del acontecer político.³

La ciencia ficción ha tenido siempre una estrecha relación con el pensamiento utópico y distópico, y su versión chilena no es la excepción. El péndulo oscila entre los momentos utópicos de los noventa hasta la decadencia antiutópica del cambio de siglo y las ucronías distópicas del XXI, que caracterizan la mayor parte de la producción reciente de ciencia ficción en Chile. Siguiendo a Jameson (2005), reconozco la diferencia entre la utopía como programa—del que surgen textos, espacios y comunidades utópicas—y el impulso utópico: oscuro, omnipresente y asociado al individuo (4). La primera de las tres novelas aquí analizadas, *Flores para un cyborg*, no retrata ningún programa específico, sino que presenta la piedra fundamental en la que se podría establecer una posible utopía: el androide como reemplazo de la política. La segunda novela, *2010: Chile en llamas*, se adentra en un futuro distópico, dejando todas las posibilidades utópicas en un pasado pre-tecnológico, elaborando las tensiones entre utopía y anti-utopía expuestas por Thomas Moylan en *Scraps of The Untainted Sky* (2000). Finalmente, *Synco*, uno de los libros de ciencia ficción más exitosos y leídos en la historia de Chile, muestra el cierre completo del pensamiento político utópico dentro del discurso de la ciencia ficción nacional. La novela de Baradit retrata la decepción para con las promesas de modernización generadas por la última revolución tecnológica. En conclusión, al tomar nota de que los procesos de democratización y bienestar general que ofrecían las tecnologías digitales eran otro intento fallido de lograr el tan ansiado salto al desarrollo, la ciencia ficción chilena definitivamente le dio la espalda al futuro y comenzó a mirar hacia el pasado.

II. *Flores para un cyborg*: El androide y la utopía. Las promesas de futuro de la Concertación

La novela *Flores para un cyborg* se sustenta en una trama bastante simple: un exiliado político viaja a Estados Unidos para hacer un doctorado en robótica en la ficticia Universidad de Dirtystone. Allí, creará a un androide con capacidades físicas y mentales sobrehumanas y un desarrollo sentimental que lo pone a la altura de cualquier ser humano. Creador y creatura retornan a su país con la vuelta de la democracia, solo para encontrarse con una sociedad que sí, dejó atrás los años dictatoriales, pero en donde los culpables todavía caminan libres por las calles, gracias al pacto tácito entre antiguos dictadores y la oposición política. Rubén y su cyborg “Tom” deciden hacer justicia con sus propias manos: gracias a las habilidades sobrehumanas del androide asesinan a una serie de generales en retiro que habían esquivado la justicia corriente con el retorno a la democracia.

El correlato es, cuando menos, evidente: la Concertación de Partidos por la Democracia, para poder sacar a Pinochet del poder, tuvo que arreglar con él y sus

subordinados un pacto de impunidad. Se trata de un tópico bastante elaborado en la literatura chilena postdictatorial, en el que las víctimas han debido encontrarse con sus torturadores en la calle y políticos afiliados al régimen dictatorial siguen siendo elegidos en cargos públicos. Sin embargo, en la novela, la crítica política se queda en la superficie. La narración elabora una justificación del modelo neoliberal de la Concertación, basado en la tecnocratización extrema de la esfera pública y el retiro de la política como herramienta válida para modificar la realidad. La tecnología se revela en este texto como una ciencia capaz de reemplazar la deliberación. En otras palabras, se trata de un momento de optimismo modernizador, donde todavía no se hacía evidente la incapacidad del modelo para generar un bienestar extendido en la sociedad chilena, en los años dorados del proceso concertacionista.

La novela, como señalé más arriba, trata sobre un hombre que se toma la justicia por mano propia. Por eso, las primeras treinta y tantas páginas se concentran en la justificación moral de lo que vendrá más adelante. Rubén Arancibia, el protagonista, diseña un androide casi perfecto, demostrando una inteligencia que pone no solo a su creatura por sobre la media, sino también a él, que se considera por encima de sus profesores en el doctorado: “El Departamento de Electrónica de la Universidad de Dirstystone no era precisamente un dechado de virtudes” (12), declara Rubén al poco haber comenzado la narración. Más tarde, ninguno de sus profesores sabría apreciar la genialidad del cyborg, recomendándole, luego de su graduación, no perder el tiempo en estupideces. El androide, al poco tiempo, iguala e incluso supera las habilidades de su creador, quien lo diseñó a imagen y semejanza de sí mismo (al punto de que este es capaz de reemplazarlo en eventos sociales y laborales).

Esta superioridad intelectual sirve como base para una justificación más relevante: la moral. Rubén sabe que acaba de crear un adelanto tecnológico que puede cambiar el mundo gracias a su potencial militar (“Con una fuerte carga de masoquismo, imaginaba las mil formas en que los malditos militares se las arreglarían para usar ese trabajo en construir nuevas maquinarias bélicas para borrar a sus adversarios de la superficie del globo” (22)) y por eso decide dejarlo en secreto. Él puede decidir mejor los usos de su creación: “hacer algo por la vilipendiada patria” (31). Ya en este primer capítulo podemos ver cómo Muñoz Valenzuela elabora una jerarquización de valores en la que la técnica ocupa el ápice de la pirámide, sostenida por una fe ciega en la ciencia y en su propia superioridad, lo que permite justificar moralmente la matanza que sobrevendrá en los capítulos siguientes. Justificación que, por su estrecha relación con la técnica, recuerda a los años noventa chilenos.

Por esos años regresaban a Chile varios exiliados políticos que habían pasado los últimos años estudiando en el extranjero. En ese sentido, la historia que narra Muñoz Valenzuela no es excepcional en ningún sentido. Más bien, se trata de una recurrencia en la conformación de la esfera política de los gobiernos de la

Concertación y que se remonta a la dictadura. El rol protagónico de los tecnócratas, o la tecnocratización de la política chilena, fue un fenómeno que abarcó parte importante de la dictadura de Pinochet: los *Chicago Boys*, un grupo de estudiantes de doctorado en economía de la Universidad de Chicago, discípulos de Milton Friedman, aterrizaron a principios de los setenta en un gobierno militar que carecía por completo de medios ideológicos y técnicos para manejar un país. Salvo su marcado carácter anti-marxista, la Junta Militar no tenía demasiadas luces que guiaran su camino después del Golpe. Los *Chicago Boys* se posicionaron al centro del gobierno militar y desde allí dominaron una parte importante de la política nacional (del resto, claro, se encargaron los militares: para implementar las durísimas políticas monetarias que recomendaban estos profesores era necesario acallar cualquier crítica, sin importar los medios). La instalación de una clase tecnocrática al centro del proyecto pinochetista se convirtió en marca registrada del neoliberalismo criollo.

Con el retorno a la democracia los técnicos de la centro-izquierda ocuparon el lugar que sus antecesores monetaristas habían dejado vacío. Incluso en los últimos años del régimen ya venían pavimentando su entrada al estado mediante centros de estudio privados y académicos como CIEPLAN o la FLACSO. Ahora, con la llegada de la centroizquierda al poder, muchos de los economistas que habían permanecido en un segundo plano durante la dictadura hacían su entrada con bombos y platillos al aparato estatal. Como bien nos recuerda Patricio Silva en su artículo “Los tecnócratas y la política en Chile: pasado y presente.” (2006):

Tras la restauración democrática en 1990 se ve una fuerte expansión del rol de tecnócratas en los cuatro gobiernos concertacionistas del período 1990-2006 en donde economistas de fuerte seño tecnopolítico, como Alejandro Foxley, Eduardo Aninat, Nicolás Eyzaguirre y Andrés Velasco se convertirán en figuras claves en los gobiernos de Aylwin, Frei, Lagos y Bachelet. (177)

Esta es una de las marcas de continuidad que evidencian la relación que la centro-izquierda chilena tuvo con el modelo neoliberal: aceptaron sin poner reparos el progresivo retiro de la política frente a la ciencia económica. La historia de Rubén Arancibia, quien vuelve de su doctorado en el exilio para trabajar en el CENIT (Centro de Investigación Tecnológica), es una metáfora de la forma en que la Concertación concibió la política, algo que la novela de Muñoz Valenzuela llevará hasta el extremo. Es interesante notar, de todas formas, que el mismo Muñoz Valenzuela es consciente de que la tecnocracia fue parte fundamental de la transición democrática chilena (42).⁴ La narración, hasta cierto punto, critica el relato que al mismo tiempo la sostiene. El protagonista toma distancia del proceso de transición democrática e incluso se muestra irónico con el arribo tecnócrata a

Chile. Sin embargo, la novela misma propone una hegemonía tecnócrata y científica por sobre la acción política. Esto se hace cada vez más evidente a medida que avanza la trama.

Tras su retorno a Chile, Arancibia volverá a encontrarse con viejos amigos de los años dictatoriales. De sus conversaciones dominadas por el hastío y la rabia acumulada por la transición pactada nacerá el plan que dará a la novela su verdadera trama: el asesinato de figuras de la dictadura gracias a los súper poderes del androide y la capacidad de gestión de Rubén. La primera víctima será el Perro Torres, excomandante del régimen, conocido por sus terribles métodos de tortura. Antes de ese primer asesinato, cuando Rubén le revela a su hermana su plan de matar a Torres, aparece un tema que se irá haciendo más dominante con el correr de la acción, el desprecio por la actividad política: “[l]e pregunté si nos podría ayudar. Respondió que sí, pero que nada de reuniones aburridas, que el partido podíamos metérselo por buena parte, que su libertad de pensar ni por nada.” (59). Este es el primer esbozo de uno de los componentes más llamativos de la novela, una desconfianza casi absoluta por el quehacer político, y que marcará el resto de la narración.

Mientras Tom y Rubén ejercen la justicia contra los personeros impunes del viejo régimen, la tecnología mesiánica, encarnada en el androide todopoderoso, va, poco a poco, ocupando el espacio que antiguamente le correspondía a la política. Por eso, al verse confrontado con los líderes de los partidos de oposición—en su versión oficial, el Partido Popular (PP), y en su versión guerrillera, el Frente de Liberación Nacional (FLN)—Rubén no se guarda nunca de mostrar su desprecio por el quehacer político. Arancibia vuelve constantemente hacia la pirámide de valores que erigió en el primer capítulo, donde los partidos ocupan un lugar despreciable producto de sus falsas pretensiones de objetividad y disciplina (92). Incluso teniendo claro que tienen una conexión con su sensibilidad de izquierdas: “[n]o tengo dudas respecto a donde alinearme políticamente, sin adscribirme a partidos, porque no creo en ellos. La razón de no creer es que todas las organizaciones humanas tienen fallas” (137). El protagonista se posiciona en un lugar apolítico, aunque siempre anti-dictatorial.

Reflexiones como estas pueblan toda la novela. Es evidente que Muñoz Valenzuela quería marcar distancia de quienes consideraba los traidores de la transición democrática chilena: los partidos políticos. La ironía es que, a pesar de su feroz crítica, lo que queda luego de la retirada de la política es la tecnocracia, especialmente en los sistemas neoliberales. Como ha señalado Silva, “a partir de fines de los años noventa la ideología tecnocrática se ha mezclado con la idea democrática en Chile. Esto ha hecho que se haya ido formando una creciente democracia tecnocratizada ... donde la despolitización se ha convertido en una característica central del modelo chileno. (188) Tecnocracia y despolitización: los valores supremos que promueve la novela de Muñoz Valenzuela. Ambas ideas se

basan en la creencia de que la tecnología y la ciencia permitirán sobrepasar la discusión política y sus pequeñeces. El mejor ejemplo es la figura del cyborg y su desenvolvimiento sin contrapesos a lo largo de la trama. No hay obstáculo que el cyborg—apoyado desde las sombras por su creador, a la postre director del CENIT—no pueda sortear.

El final de la novela es, de nuevo, bastante revelador. Luego de asestarle un golpe mortal a la estructura financiera de *Génesis*, una especie de policía secreta chilena, Rubén se sienta a beber un whisky con su contraparte del FLN, un aristócrata llamado Luis Alberto Arrieta. Ambos disfrutan del paisaje mientras discurren libremente sobre sus posiciones intelectuales. Rubén se siente feliz y realizado: su bella mujer está pronta a dar a luz a un hijo suyo, mientras que su hijo metafórico, el androide, acaba de cumplir su sueño de tener un pene artificial y ya está perdidamente enamorado. Arrieta, por otra parte, por fin puede estar en paz consigo mismo luego de haber hecho justicia. Muñoz Valenzuela cierra su relato con las siguientes palabras:

El cielo estaba enrojeciéndose anunciando la llegada del crepúsculo. ... Todo parecía perfecto en ese instante en el cual deseé con mucha intensidad quedar atrapado; *las cosas aparentaban estar yendo bien y el pasado era un ente lejano y romo, casi inaccesible, que apenas nos rozaba con sus dedos impalpables*. ... De repente me di cuenta de que Malcolm [Arrieta] estaba durmiendo con una sonrisa dulce en sus labios. ... Antes de irme, tomé un chal café que había visto en el living y lo puse sobre sus piernas. ... Salí sin hacer ruido. Pensé en el hijo que iba a venir, en Beatriz, en mis padres, en Tom, en mi hermana, en todos los seres a quienes quería y a quienes les debía mi cariño. Eché a caminar con inexplicable alegría por una calle que parecía oscurecerse con cada uno de mis pasos (213, destacado es mío).

La imagen es bastante elocuente: con la caída de la noche se cierra también la aventura, en la que, como no podía ser de otro modo, triunfa el bien por sobre el mal. Los torturadores recibieron su merecido y los héroes pueden dormir tranquilos. Rubén, en un acto hasta metafórico, protege del frío al anciano exguerrillero: la tecnología al servicio de los “buenos” les permite a los añejos políticos dormir tranquilos. El pasado, ese ente que al principio de la narración perseguía al propio Rubén como un fantasma, ha quedado lejos, inofensivo. Gracias al androide, los chilenos pueden caminar tranquilos, pensar solo en el futuro promisorio. La tecnología ha triunfado y la transición—ese proyecto político que jamás pudieron lograr los políticos—se cerró exitosamente gracias a él y sus amigos. La utopía tecnofílica ha sido alcanzada.

Flores para un cyborg no está construida como una utopía en el sentido estricto del término. Sin embargo, lo que subyace a la novela está directamente

relacionado con el lugar utópico: menos en cuanto a su localización geográfica o de no-lugar—es evidente que se trata de Chile—y más en relación a las posibilidades sociales que la tecnología ofrecería en el futuro cercano. Como la gran mayoría de las utopías modernas, Muñoz Valenzuela sueña con una sociedad que logre deshacerse o borrar alguno de sus componentes negativos.⁵ Ni el dinero ni las relaciones de clases; lo que la novela piensa en términos utópicos es la desaparición de la política. Como señalara en su momento Rodrigo Pinto: “[q]uizá el autor desconfía, y con razón, de la democracia” (115).

A pesar de la evidente crítica al proceso de transición pactada que aparece en el libro, el desarrollo de la trama y los personajes no hacen más que validar el modelo tecnocrático implementado por la Concertación. En cierto sentido, el relato del retorno a la democracia utilizado por la centro-izquierda chilena en los años noventa es lo que sustenta la pulsión utópica en Muñoz Valenzuela. No es coincidencia que este libro apareciera en los años de mayor esplendor de la coalición, ni tampoco lo es que haya ganado un premio de resonancia nacional, hubiese sido publicado en una editorial transnacional y que haya tenido tan buena llegada entre la crítica cultural de la época.⁶ Es posible que la novela tuviera la capacidad de hablarle a un público lector especializado gracias a su celebración tecnológica, pero también por su estrecha relación con el momento del país y lo que este se permitía avizorar para el futuro. En otras palabras, no se trata de que el impulso utópico de la novela necesite de un momento optimista del país, sino más bien que la circulación y recepción (tremendamente positiva) de la novela, especialmente tratándose de un género menor en Chile, entronca perfectamente con las narrativas políticas que dominaron la primera década del retorno a la democracia.

Como plantea Pedro Güell (2005), los años noventa chilenos gozaron de una sensación de optimismo sostenida en las “narrativas de tiempo futuro”. Estas narrativas o relatos, articulaban los deseos y necesidades de las personas en el presente con los tiempos de la sociedad y el Estado, siempre proyectados hacia el futuro. Su objetivo es hacer converger los diferentes intereses de la sociedad en una narrativa que convenza a unos y otros de posponer sus necesidades inmediatas en aras del bien común. Los relatos de tiempo futuro permiten articular los diferentes deseos y necesidades de las personas (inmediatos) con los tiempos de las instituciones que componen una nación (por lo general bastante más lentos). Una forma de llenar el tiempo homogéneo y vacío sobre el que la nación moderna se sostiene, en la ya conocida definición de Anderson.

El progreso de Chile en los años noventa—mal o bien llevado, no viene al caso—estuvo sostenido por un poderoso relato de tiempo futuro, el retorno a la democracia:

El relato temporal de la recuperación y consolidación de la democracia— algo que surge a mediados de los ochenta y que mantuvo su vigencia hasta aproximadamente el 2005—ha tenido una especial solidez y durabilidad. ... permitió dotar de un cierto marco de sentido a los temores y las esperas de las personas y, de esta manera, justificar ante ellas el orden que comenzaba a construirse. (30)

Así, gracias a este poderoso relato del retorno a la democracia después de la represión, diferentes sectores de la sociedad aceptaron los tiempos que la construcción de un nuevo orden democrático requería. Aunque como bien señala Güell, también ayuda a explicar por qué cualquier proyecto político realmente transformador fue suprimido durante aquellos años. El miedo al desorden y a la resaca que este trae, dominó no solo a las élites criollas, sino también al resto de la sociedad.

La Concertación supo articular ese deseo de orden con la tradición democrática del país y la burocracia centralizada que, supuestamente, constituían la identidad chilena. Pero claro, la actividad política, esa que había llevado, tanto al pueblo como a la élite, a desear más de la cuenta en los años previos a la dictadura, debía ser reemplazada con algún mecanismo más eficiente y equilibrado. La respuesta estaba ahí mismo, ya asentada en el sistema gubernamental desde los años dictatoriales: el mercado. El relato del retorno democrático se sostuvo, en términos materiales y simbólicos, en la capacidad del mercado de propiciar el consumo a todos los ciudadanos chilenos. El mercado, neutral, apolítico y reacio a grandes virajes ideológicos—o así intentaron venderlo, por lo menos—sería la piedra angular donde confluían de manera armoniosa presente y futuro: “[t]odo ello se condensaba en una imagen del futuro como consumo en paz.” (31)

Flores para un cyborg encajó a la perfección con este relato, que como ya señalé, se encontraba en su momento de esplendor. El personaje principal deambula por un Santiago reconocible para sus lectores, pero moviéndose siempre entre restaurantes caros, vasos de whisky, mujeres bellas y rascacielos en el centro financiero. El destierro de la política, en clave concertacionista, no es más que el ascenso del binomio mercado/consumo al centro del sistema. La promesa utópica es la misma: seremos desarrollados en cuanto renunciemos a las pulsiones incontrollables de la política y nos abandonemos a ser gobernados por las manos expertas de la ciencia y la tecnología, que jamás se dejarán arrastrar por deseos juveniles. Por supuesto, tanto el relato de tiempo futuro como su contraparte en la novela estaban sustentados por tasas altísimas de crecimiento económico, bancarización de sectores de la población antes excluidos del sistema financiero, *malls* levantados en cada esquina, y un sistema político donde todos parecían resolver sus diferencias de manera armoniosa. El optimismo utópico de la novela de Muñoz Valenzuela se veía reflejado en las encuestas.

Volviendo a las taxonomías utópicas de Jameson, se puede argumentar que *Flores para un cyborg* no es, de ninguna manera, un texto utópico clásico. Está lejos de proponer un programa específico, por ejemplo. Sin embargo, resuelve su impulso utópico eliminando un elemento central de la sociedad: la política. En ese sentido, la novela sí pertenecería a la tradición más programática, develando un futuro posible, sustentado en el cyborg como metáfora de la revolución tecnológica.⁷ La novela, por lo tanto, ocupa un lugar doble, que no termina de resolverse del todo, y que refleja hasta cierto punto el lugar que ocupa Muñoz Valenzuela con respecto al retorno a la democracia: por un lado, su fuerza programática, la promesa invariable de un futuro mejor, el optimismo, y por el otro, el precio pagado. La balanza se inclinaría, en las novelas posteriores, sobre la pesa contraria.

III. 2010: Chile en llamas: Las utopías se quedan en el pasado. La distopía tecnofóbica

La primera señal de que el edificio concertacionista no era tan firme como aparentaba llegó con la crisis asiática. El período de 1998 en adelante—al menos hasta 2005, cuando el país experimentó las primeras señales de recuperación—tuvo un impacto moderado en la economía, al menos en comparación con otros países de la región. Sin embargo, puso al descubierto los andamios que sostenían al sistema en su totalidad, que como vimos en la novela anterior, se escondían detrás del relato tecnócrata y el bálsamo que supuso el retorno a la democracia. La ciencia ficción de los años de la crisis estuvo atenta a las consecuencias que la administración de un modelo instaurado por una dictadura neoliberal tenía en el país. Si bien el número de novelas de ciencia ficción publicadas en este momento aún es escaso, llama la atención, nuevamente, la inclusión de ciertos autores en editoriales relevantes dentro del ecosistema literario. El caso más llamativo es *2010: Chile en llamas*, de Darío Oses. Publicada por Planeta, una editorial transnacional, la novela presentaba un futuro pesimista dominado por un sistema económico híperliberal y que, propongo, desafía el impulso utópico de Muñoz Valenzuela. Un pequeño recuento de lo que estaba sucediendo en la economía chilena en esos días puede ayudarnos a comprender mejor de dónde viene la crítica.

Lo que reveló la crisis asiática fue que el sistema neoliberal, que hasta el momento solo había dado buenas noticias en su aplicación democrática, tenía un reverso: la extrema dependencia de la economía mundial y los precios de las materias primas y la relación de subordinación con los centros hegemónicos, en especial el asiático, que hasta ese entonces estaba fuera del radar de los chilenos. Como resume Ffrench-Davis, “The Asian crisis interrupted the period of the greatest economic boom in the history of Chile. . . . As said, the contagion from Asia found the economy in a vulnerable position” (240). Más allá de la discusión

teórica en torno a las razones que produjeron la recesión en el caso chileno, me interesa rescatar la forma en que se asoció la crisis con el poder político en general y la Concertación en particular. Eduardo Frei Ruiz-Talge, quien ocupó el sillón presidencial desde 1994 hasta el 2000, fue señalado no tanto como el culpable de la crisis—de por sí el nombre evidenciaba que esto era un asunto externo en el que poco tenían que decir los chilenos—sino más bien como el administrador de un sistema dependiente en extremo, una profundización de lo que se llamó un modelo de *regionalismo abierto* o “diplomacia para el desarrollo” (Wilhelmy y Durán 282). Frei Ruiz-Tagle fue, más que cualquiera de sus antecesores, un presidente con relaciones con el mundo exterior. Frecuentes eran las bromas referidas a la cantidad de tiempo que pasaba arriba del avión presidencial viajando, aunque esto, que no es más que un chiste, se condecía con los 12 tratados de libre comercio (TLC) que firmó durante su mandato y las múltiples intervenciones en organismos internacionales antes vedados para los mandatarios chilenos. Darío Oses no puede evitar burlarse de él en su novela:

Tal vez para disimular el encogimiento del cargo, los últimos presidentes pasaban la mayor parte de su tiempo viajando. (...); asistir a conferencias cumbres; emitir declaraciones conjuntas con otros jefes de estado, en las que siempre reafirmaban la importancia que concedían a la democracia y la igualdad de oportunidades, o que la pobreza era una preocupación prioritaria, etc, o en fin, salían a buscar pactos de asociación comercial que nunca terminaban de perfeccionarse. (92)

Además de las referencias bastante directas a la realidad chilena de fines de los noventa, la novela de Oses marca un proceso doble en lo que dice relación con la pulsión utópica y el neoliberalismo que ya se hacía patente en esos años. Por un lado, vemos que la utopía ya no es posible, o por lo menos no se encuentra en un futuro idílico sustentando en la revolución tecnológica. Por otro lado, y de manera más sutil pero no por ello menos dramática, demuestra que la imposibilidad de la utopía está estrechamente relacionada con la implantación del neoliberalismo, en cuanto doctrina que busca clausurar el futuro.

La novela de Oses trata, a grandes rasgos, de un Chile ad portas de cumplir doscientos años. El bicentenario lo encuentra al país en un estado de *hiperliberalización*, el sueño dorado de Hayek y compañía, una realización brutal del *laissez faire*, donde la venta legal de droga y la privatización de la seguridad estatal, sustentan el *hub* financiero en el que el país se ha convertido. Un partido de fútbol amañado en el que Chile cae ante Perú gatilla una revuelta social sin precedentes. Al mismo tiempo, en un hospital de cuarta categoría, muere un olvidado general Pinochet. Oses nos relata, a través de una serie de personajes arquetípicos, cómo esta sociedad neoliberal extrema se va desmoronando frente al

descontrol de la población. El personaje que podríamos considerar el protagonista de la novela es el Alférez, un joven militar que participa del último enclave estatal: un ejército pagado por los escuálidos impuestos que solo se dedica a homenajear figuras y a participar de la parada militar. El resto de los personajes representan ciertos estamentos de la sociedad: David, un viejo izquierdista que ahora vende artículos nostálgicos en un mall, Vicky, una modelo publicitaria, José Tomás Agüero, diputado nacional que termina haciéndose cargo del país, Eyzaguirre, un viejo hombre de derechas que decide venderlo todo para crear una colonia pastoril en una zona rural y Gajardo, un mercenario que trabaja como recolector de basura en la ciudad.

Ninguno de los personajes merece que nos detengamos por mucho tiempo en él. En primer lugar, porque el mismo Osés decide no hacerlo: si la novela de Muñoz Valenzuela se alejaba del polo programático de la utopía por su desarrollo íntimo de los personajes, *2010* se mueve hacia el polo opuesto: los personajes de la novela no son más que elementos dispersos que permiten al narrador enfocarse en diferentes enclaves de la sociedad chilena del futuro cercano. El Alférez y el ejército al que pertenece es una llave para entrar al problema de la privatización de la seguridad, la cual ha sido cooptada por los *ultraliberales*; José Tomás Agüero, diputado que termina convirtiéndose en el Presidente encargado del país, puesto que nadie sabe dónde se encuentra el titular (véase la cita anterior), le permite a Osés conjeturar cómo será la actividad política del futuro. La atractiva Vicky es una excusa para hablar del cibersexo, una de las tantas drogas que ofrece la ciudad (54-55) y David lo es para hacer una rápida recapitulación de la derrota de la izquierda revolucionaria.

Si obviamos por un momento los problemas estructurales de la novela en cuanto narración, podemos observar que los postulados cienciaficcional de Osés son bastante claros: el sistema neoliberal instaurado en Chile por Pinochet y el gobierno militar, y luego administrado por la centro-izquierda nacional, nos llevará en el corto plazo a convertirnos en una sociedad insostenible. Osés hace una disección de los puntos débiles del neoliberalismo chileno con bastante agudeza: la insuficiencia del sistema para dar cuenta de los problemas ambientales o su estrecha relación con la desigualdad y el funcionamiento del sistema financiero mundial.

La novela abunda en pasajes donde el sistema neoliberal, que ahora se veía al descubierto en el país, ha proyectado un futuro del cual el presente es su pasado posible. Osés tampoco olvida la génesis histórica del neoliberalismo chileno: Augusto Pinochet. El cuerpo del General, después de muerto, comienza a generar una especie de atracción fatal a todos los poderes del estado, hasta que al final de la novela se revela como una fuerza oscura y extendida: “[e]ntonces tuvo la certeza de que era inútil intentar abrirse paso hacia fuera, sencillamente porque ya no había ningún afuera, porque esa gruta negra se lo tragaba todo y la noche helada, la noche del General, volvía a extenderse por todas partes” (185). Este final de la novela—

literalmente la última frase—cierra el argumento de Oses: el neoliberalismo es el sistema de Pinochet, y hasta que no sea extraído de raíz la presencia del General seguirá funcionando como un centro magnético en la historia de Chile.

Ante la imposibilidad de construir una utopía debido a la omnipresencia del presente distópico, la novela sugiere que la solución se encuentra en el pasado. El optimismo de Muñoz Valenzuela queda cancelado aquí debido a las consecuencias que el sistema neoliberal tendrá para la economía, sociedad y medioambiente del país. Sin embargo, el pesimismo tecnofóbico de Oses todavía deja espacio para el programa utópico. Ahora bien, este no está en el futuro y no es tecnológico. Este se revela en, al menos, tres variantes. i) La sociedad anterior a 1973, donde el Estado era el centro de todo, encarnada en la memoria del izquierdista David. ii) El pasado bucólico-autoritario, representado por Eyzaguirre, el aristócrata que fundó la Hacienda Corazón de Jesús, un complejo habitacional que “invitaba a hombres y mujeres de trabajo, a gentes de toda condición, a huir de la incertidumbre y la degradación de las ciudades, y a vivir en una antigua hacienda donde encontrarían la protección física y espiritual que sólo podía brindarles una gran familia” (110). Eyzaguirre busca combinar los valores de los grandes patrones del siglo XIX con los principios de la autoridad caudillista, y qué mejor símbolo para lograrlo que el cuerpo del general Pinochet, que roban y llevan a la nevera en su hacienda, y iii) la vida comunitaria-revolucionaria, representada en las mujeres que luchan contra el liderazgo de Eyzaguirre. Este giro utópico hacia el pasado recuerda algo a la ola de ucronías que aparecería en los próximos años y dialoga con el giro al pasado de la literatura chilena del siglo XXI.

En resumen, esta novela sigue al pie de la letra uno de los postulados clásicos de la ciencia ficción: la elaboración de un futuro posible como forma de reflexionar sobre el presente, en cuanto este sería el pasado posible de dicho futuro. Oses intenta alertar a sus lectores de lo que nos espera si no ponemos coto a este sistema neoliberal. Además, lo hace mediante una reflexión del lugar que la tecnología tiene en este sistema, como la base material de los procesos de globalización, individualización y crisis medioambiental. Si en Muñoz Valenzuela la tecnología era el elemento central del programa utópico, en Oses nos trasladamos de un salto al otro extremo: la tecnofobia más cruda. La tecnología como motor del sistema neoliberal se transforma en una fuerza incontenible, que avanza a pasos agigantados en busca de un progreso que nunca llega, o por lo menos no para todos. No es coincidencia que los tres proyectos utópicos de la novela se anclen en un pasado pre-tecnológico, donde la vida en comunidad, las relaciones sociales y la igualdad de condiciones de vida es posible gracias a su ausencia. Así como la utopía de Muñoz Valenzuela se basaba en la eliminación de la política gracias al cyborg inmortal, la utopía de Oses se sustenta en la eliminación de la tecnología y la vuelta al pasado.

¿Por qué, entonces, este repentino giro hacia el pasado? La primera respuesta que se me ocurre tiene que ver con el campo literario chileno en general: producto de la profunda herida que la dictadura causó en la sociedad chilena, la gran mayoría de las producciones culturales nacionales han tenido como objeto el pasado. Desde la literatura de denuncia que abrió las puertas a la crítica dictatorial a principios de los noventa hasta la actual “Generación de los hijos”⁸, *la memoria* fue, es, y probablemente seguirá siendo por un tiempo más, el material predilecto del arte chileno⁹. La prevalencia de los discursos de la memoria dictatorial ha permeado a tal punto el campo que incluso géneros menores o periféricos como la ciencia ficción han debido aceptar sus términos y condiciones para hacerse un lugar dentro de la institucionalidad literaria. Como ha señalado Sánchez Prado (2012) para el campo literario mexicano, la literatura de ciencia ficción debe pasar por un proceso de negociación entre sus rasgos más distintivos—la autorreferencialidad o el intertexto de culto, por ejemplo—y los discursos que definen y median la literatura nacional, si buscan institucionalizarse o cubrir espacios de influencia más amplios. Según esta hipótesis, el optimismo concertacionista y democrático de *Flores para un cyborg* se vio rápidamente contrarrestado por el pesimismo de 2010, en cuanto se hizo evidente la prevalencia del fantasma pinochetista en varios aspectos de la realidad chilena. La ciencia ficción, al igual que los demás géneros que componen el campo chileno, giraron sus rostros hacia el pasado en un gesto de resignación y protesta por la continuidad del sistema dictatorial *dentro* del sistema democrático.¹⁰

Pero me gustaría aventurar una segunda hipótesis, una que tiene más que ver con el género en sí, o por lo menos en su relación con el neoliberalismo. William Davies, en la introducción al notable compendio *Economic Science Fictions* (2018), plantea que una de las características del neoliberalismo es la clausura del futuro como objeto de deliberación y, por lo tanto, como un espacio posible de ser cambiado radicalmente: “The utopia of neoliberalism is the eradication of all utopias, or at least their submersion into the market, which is much the same thing” (5). Una de las implicancias del libre mercado entendido en los términos de Hayek y Friedman—como un sistema casi perfecto que permite calcular preferencias y tomar las mejores decisiones—es que el futuro ya no se presenta como un espacio debatible, susceptible al cambio mediante la acción colectiva. Como señala Davies, siguiendo a Franco Berardi:

A number of cultural theorists have observed that, as the Keynesian model went into decline, the very sense of “the future” also began to evaporate. Franco Berardi has argued that “the future” as a “choice or a collective conscious action”, as articulated in the Futurist Manifesto of 1909, peaked in 1968 and was finished by 1977, the year that the Sex Pistols released *No Future*. ... Neoliberalism, for Berardi, involves the retreat of individuals

into virtual and imaginary spheres of political transformation, combined with a terrible sense that dominant political institutions are now permanent (15-6)

En lugar del futuro como un “collective unknown” (17), lo que nos deja el neoliberalismo es una serie interminable de riesgos, que deben ser calculados principalmente por el sector financiero. Las esperanzas, necesidades, angustias y sueños de los individuos y la sociedad son convertidos en conceptos matemáticos como el costo marginal o de oportunidad, computables y calculables—y por lo tanto “objetivos”. No es extraño constatar que incluso la promesa que trajo la revolución digital y cibernética, a través de los tremendos avances en computación, terminara siendo el elemento central detrás del sistema financiero, convirtiendo al mercado en una especie de entelequia inaprensible para el humano común y corriente, espacio reservado exclusivamente para los iniciados y sus algoritmos.

En este punto las dos novelas tratadas hasta aquí se miran de cerca: *Flores para un cyborg* y *2010: Chile en llamas* reflejan ambas una cara de esa hipótesis. Mientras la primera pone en el cyborg—y la tecnología en general—una fe ciega similar a la que tienen los libertarios en el libre mercado, como solución exógena ajena a las bajezas humanas, la segunda lo hace desde la clausura del futuro como acción colectiva. Ambas hipótesis—la inevitable mirada hacia el pasado y la clausura del futuro en el sistema neoliberal—confluyen en el relato concertacionista, que como vimos en la primera novela, se sustentaba fuertemente en una fe ciega en el mercado como entelequia tecnológica y en los procesos de modernización y democratización que prometía la revolución digital. Mientras la literatura de la memoria supo leer y explotar una de las aristas del problema, pocas veces abordó el rol que la tecnología jugaba en todo este asunto: las promesas no se cumplieron, y la revolución digital perdería su aura mesiánica, para convertirse en una idea fuera de lugar, un concepto dislocado que esconde precisamente lo que buscaba solucionar. Algo que quedará de manifiesto en la ciencia ficción del siglo XXI.

IV. *Synco*: la ucronía chilena del siglo XXI.

Ya entrados formalmente en el siglo XXI la ciencia ficción chilena vivirá un boom comparable solo con la llamada Edad de Oro de los años sesenta.¹¹ Esta explosión del género estuvo marcada por una negociación con los discursos literarios hegemónicos, especialmente el de la memoria, algo que quedaría plasmado en la inclusión de varios de estos autores en las editoriales más importantes de Hispanoamérica, en premios y reconocimiento internacional y en una marcada presencia en los medios de comunicación y en la academia.¹² Pero tampoco hay que engañarse: la ciencia ficción sigue siendo un género periférico en

Chile, donde se publican un puñado de novelas por año y solo algunas reciben atención en los medios y la academia. La diferencia la hacen algunos autores que no solo publican cf, sino que proponen un canon diferente, ya sea en los medios o en sus propias novelas (a pesar de que estas muchas veces no se atañen a los parámetros del género). La ciencia ficción, poco a poco, va penetrando en la cultura de masas y la academia chilena, haciéndose un lugar en el campo literario nacional.

Después del período de fascinación entre los ciudadanos y la Concertación durante la década de 1990, entrados en el siglo XXI, la narrativa de la recuperación de la democracia ha perdido casi por completo su poder. Nuevas generaciones, que no vivieron ni se educaron durante la dictadura, ingresaron a la vida política y social chilena. Ciertos actores, previamente asustados por este "miedo al desorden", soltaron los lazos que los mantenían en silencio. Las señales iban tanto de arriba hacia abajo como de abajo hacia arriba: mientras el gobierno de Ricardo Lagos, él mismo una figura destacada en la lucha contra la dictadura, prometía un nuevo pacto constitucional para deshacerse de la Constitución de 1980, uno de los baluartes del pinochetismo y el sistema neoliberal, los estudiantes de secundaria salían a las calles para protestar contra el sistema educativo, en la denominada Revolución Pingüina. La primera grieta en la narrativa concertacionista, que se podía vislumbrar en *2010: Chile en llamas*, ahora es demasiado evidente: la desigualdad y el lucro en áreas de la economía generalmente asociadas a los bienes públicos (recursos naturales, salud y educación), hacen insostenible el modelo neoliberal. El término "neoliberalismo", un concepto técnico o directamente tabú en la década de 1990, está en boca de todos en la década de 2000. Mientras la literatura de la memoria todavía se debatía entre denunciar el pasado dictatorial y el trauma transmitido a las nuevas generaciones, la cf miró el otro lado del problema: el sistema económico instalado por los *Chicago Boys* y su intrincada relación con la tecnología. Si la literatura de los hijos indagaba en los efectos del neoliberalismo en su variante subjetiva e íntima, entonces, ¿quién mejor que la ciencia ficción para indagar en el otro lado del proceso? ¿Quién mejor que la cf para hablar del fracaso de las promesas de modernización del neoliberalismo?

Synco, irónicamente, parece la asimilación definitiva de Baradit a la literatura de la memoria. Si hasta el momento el autor había logrado escapar a los temas más recurrentes del campo literario chileno, en esta última novela la premisa inicial nos sitúa de lleno en uno de sus nodos más relevantes: Pinochet y el Golpe de Estado. La novedad, eso sí, viene desde la ciencia ficción y sus posibilidades no miméticas, específicamente, la historia alternativa. Pinochet, luego de sufrir un atentado en el que mueren su esposa e hijo, decide apoyar a Salvador Allende y desbarata, él solo, el Golpe de Estado que tramaban la derecha y las Fuerzas Armadas. Seis años después, Martina Aguablanca, hija de un ex general chileno exiliado en Venezuela, retorna a Santiago para investigar el proyecto *Synco*, una máquina instalada en el corazón del nuevo paraíso socialista de Allende. Allí se

entrevistará con personajes como Ricardo Lagos, Miguel Serrano y Fernando Flores, todos ellos parte de la élite política que ha llevado a Chile al desarrollo en tan solo seis años. Se verá las caras con Pinochet—ahora un héroe nacional retirado en su casa en el barrio de Ñuñoa—cruzarán la ciudad en el Mini Cooper de Michael Townley, discutirá con viejas glorias de la política partidista chilena, como Patricio Alwyn y Sergio Onofre Jarpa, y tendrá un macabro encuentro con un Carlos Altamirano al borde de la muerte. Todo esto mientras descubre que, detrás de la tecnología Synco y el “milagro chileno” se esconde un sistema perverso de explotación y ambición de poder. Incluso si los temas y personajes de la novela apuntan hacia otra novela sobre la memoria, Baradit logra explotar esa misma lógica desde adentro¹³, reflexionando irónicamente sobre el predominio del pasado utópico de Allende en el presente concertacionista.

La trama, puesta así, parece una serie de hechos caóticos y en cierta medida el texto pide una lectura desorganizada o, al menos, poco rigurosa¹⁴. Colocar una serie de personajes reales de la historia de Chile en situaciones contradictorias produce un efecto desconcertante en el lector, que, acostumbrado a ver a Pinochet como el dictador implacable, lo encuentra ahora en un retiro pacífico, relegado en su casita de barrio. Lo que sustenta todos estos anacronismos, ucronías e historias alternativas es la ironía, que subyace a todo el texto y no es más que una dura crítica a la Concertación, su “democracia de acuerdos” y el mito del excepcionalismo chileno (la creencia casi delirante de que el país está por encima de los problemas habituales de la región). Una vez más vemos, como en *Flores para un cyborg* y en *2010: Chile en llamas*, que la cf chilena dialoga directamente con los hechos políticos, aprovechando las licencias no miméticas del género para abordar desde puntos de vista novedosos lo ocurrido desde el regreso de la democracia.

Ahora bien, la ironía, como suele ocurrir, no es evidente para todos. Un lector no acostumbrado a la historia y política partidaria chilena podría fácilmente pasar por alto el desfile de figuras a lo largo del texto. Sin embargo, el giro irónico se da, incluso, en las figuras más conocidas, como Pinochet, Lagos y el mismo Allende. Baradit, conocedor de las formas en que los productos culturales se mueven en los medios de masas, supo dejar ciertas pistas a lo largo del libro para los lectores más jóvenes o que no están familiarizados con el acontecer nacional y el *quién es quién* previo al Golpe. Otro tipo de reacciones, igual de previsibles, vieron en esta novela una burla del proyecto utópico allendista—un intocable para buena parte de la izquierda chilena—o incluso, como la crítica literaria Patricia Espinosa, un “delirio filonazista”¹⁵. Lo que quiero plantear aquí, en cambio, es que la novela de Baradit es el último eslabón en la cadena de una serie de lecturas políticas que realizó la cf chilena desde los noventa en adelante. En esta última parte, ya cuando el relato concertacionista se caía a pedazos—y que permitiría la llegada al poder de Sebastián Piñera—*Synco* desacraliza muchos de los pilares que sostenían aquella narrativa. No queda títere con cabeza: desde la figura mitológica

de Allende hasta los personajes más relevantes de la transición—Lagos y Alwyn—o bien la “política de los acuerdos”, la dominancia tecnocrática y la tesis de la excepcionalidad chilena, todos quedan de cabeza en esta novela.

La novela juega con las expectativas del lector, especialmente el chileno y de izquierda, que ve en Allende una figura intocable, parte de un pasado remoto donde la utopía todavía era posible. Como señala Gabriel Saldías (2008), en una de las mejores lecturas que se han hecho sobre la novela, *Syncro* es una crítica al tropo que caracteriza a la izquierda melancólica de un pasado utópico perdido (400), en los tiempos en que todavía era posible la revolución. El texto, como decía, juega con las expectativas del lector al proponerle de entrada una utopía realizada. Pinochet salvó a Allende y este, envalentonado por el fracaso del golpe en su contra, habría logrado llevar a Chile al desarrollo en tan solo seis años. Martina Aguablanca, la protagonista del libro, es enviada a Chile para investigar las razones detrás de este milagro económico. Mediante entrevistas que Martina sostiene con los personajes más importantes de la historia chilena reciente, Baradit va derrumbando uno a uno los pilares que sostienen la utopía chilena de Allende. Pero a medida que cae el velo que cubría el verdadero rostro del “cibersocialismo”, vemos aparecer la crítica al relato concertacionista contemporáneo

La utopía socialista se muestra desde el comienzo del texto. Martina viaja en un avión desde Venezuela, enviada por el Partido Socialista, hacia Santiago de Chile, “la capital más lejana del mundo, en el país más escondido de todos, donde un milagro había ocurrido” (16). El milagro no es otro que la revolución cibersocialista de Allende. La utopía se plantea en los términos más clásicos: se ha superado el problema del trabajo, de la escasez e incluso, al parecer, de los conflictos políticos. Como más tarde le dirá a Martina el Ministro de Nuevas Tecnologías Fernando Flores:

¡Imagínese! –Flores parecía estar en éxtasis—. De pronto la producción de un país completo dejó de depender de los manejos económicos mezquinos de la oligarquía y el capitalismo para transformarse en una danza armónica entre factores de consumo y necesidades de la población. La pura y prístina relación entre las necesidades del pueblo y su capacidad productiva, movidos todos únicamente por los deseos de prosperidad común y organizados por un programa que se autorregula de acuerdo a patrones matemáticos, no políticos. (81)

Martina, atenta a todo lo que ve a su alrededor, no se conforma con la “historia oficial”. Le parece que falta una pieza del puzle, algo que explique cómo se llega a transformar un país de manera tan radical en tan poco tiempo. En cierto sentido, Baradit explota, a través de la protagonista inquieta que duda de lo que ve, uno de los principios básicos de la utopía: la incapacidad de imaginar realmente un mundo

sin conflicto, en el que todo está dado en abundancia, y donde, por ejemplo, el arte no tendría lugar, precisamente porque no hay nada que valga la pena representar. Una especie de sentimiento de Fin de la Historia de Fukuyama, en donde nos preguntamos, si ya está todo cumplido, ¿qué sentido adquiere el futuro?: “Los lectores tienen derecho a preguntarse qué encontrarán para leer en la utopía, pensando sin decirlo que una sociedad sin conflicto es improbable que produzca relatos interesantes.” (Jameson 182)¹⁶. Ante el “aburrimiento” de la forma utópica, Baradit nos presenta a Martina, un personaje al mismo tiempo extranjero—vivió en Venezuela casi toda su vida—y local. Ese doble lugar desestabiliza la otredad radical propia de la forma utópica, Martina puede estar afuera y adentro.

La primera entrevista, como no podía ser de otra manera, es con el héroe detrás del milagro: Augusto Pinochet. Como en casi todas sus entrevistas, Martina, al preguntar con mayor suspicacia de lo aceptable en una sociedad perfecta, recibe, al principio, la respuesta oficial, para luego ser rechazada. La dinámica siempre es la misma: Martina pregunta más de lo que debe y termina haciendo enojar a sus entrevistados. Pinochet, por ejemplo, le recuerda que sus preguntas ya han sido hechas en su momento y sus respuestas las puede encontrar en los libros de historia: “[l]o que ocurrió fue uno de los capítulos más heroicos de la historia de las Fuerzas Armadas chilenas. Y todo lo que sé al respecto está en tomos empastados, entrevistas, reportajes. Palabras que estoy un poco cansado de repetir, si me entiendes” (36). Pero Martina insiste, hay algo que no termina de cuadrarle. Pinochet vuelve una y otra vez sobre su argumento, “[t]ú sabes que la reserva moral de nuestro país son sus militares, y fueron ellos los que levantaron el espíritu nacional después de tanta calamidad” (37). Pinochet da por terminada la reunión con evidente disgusto, pero Martina queda con dudas: “[n]adie, excepto Allende, parecía querer que la Unidad Popular funcionara” (40) se pregunta. ¿Cómo explicar entonces el repentino éxito?

Si bien a nivel narrativo lo que se nos revela es la existencia de un secreto, un enigma que se esconde detrás de la ofuscada reacción de Pinochet—y que Martina develará hacia el final de la novela—en términos discursivos lo que predomina es la ironía. Baradit sabe que el lector asocia al ejército con el Golpe de Estado, especialmente si el interlocutor es Augusto Pinochet, el símbolo de la dictadura y del desprestigio del ejército chileno. Es tan ostensible el giro ucrónico en el que se tuerce el pasado, que parece casi una broma. Esta primera ironía es, sin duda, una crítica a la transición chilena y a la relación que la Concertación tuvo con las Fuerzas Armadas, incluso después del retiro de Pinochet del poder (al que siguió anclado como Senador Vitalicio). Las Fuerzas Armadas como garante de la novedosa *pax chilensis* es, siguiendo con la lectura propuesta hasta aquí, una forma de ironizar sobre la relación entre el ejército y la centro-izquierda chilena.

Luego del fracaso rotundo de su primera entrevista, Martina se dirige a las oficinas del Ministerio de Nuevas Tecnologías, a cargo de Fernando Flores. Ex

ministro de Salvador Allende e impulsor original del proyecto Cybersyn¹⁷, Flores se convirtió en una figura polémica de la política chilena al apoyar a la derecha chilena en ciertas coyunturas.¹⁸ En la novela, Flores ha conseguido un puesto clave en la nueva utopía gracias a la implementación del proyecto Synco. La novela, que toma su nombre del proyecto Cybersyn, propone un pasado alternativo en el que el proyecto se hubiese convertido en la piedra angular del desarrollo económico y social de Chile. La revolución cybersocialista encontraba su solución del clásico problema utópico de la producción, el trabajo y la escasez en su base tecnológica. Por eso, quien ocupa un lugar prominente en este nuevo contexto es Fernando Flores, “el segundo hombre más poderoso de Chile” (79), a quien Martina va a entrevistar en su segundo día en Chile.

Flores, a diferencia de Pinochet, cree que el secreto del milagro chileno se encuentra en su desarrollo tecnológico: “—¿Eso dijo el general? —inquirió con una sonrisa—. Ciertamente el gran protagonista del éxito chileno es Synco” (80). El relato de Flores es, a todas luces, uno donde la tecnocracia se pone al centro del sistema—recordando, a su modo, al androide de Muñoz Valenzuela. El relato que hace Flores es en sí una alegorización de la forma en que la tecnocracia se tomó por asalto la política nacional durante los años de la transición a la democracia: “[e]ntonces entraron los técnicos de Synco, que habíamos mantenido protegidos de los atentados en una villa secreta al sur de Santiago, como una marea de batas blancas a intervenir el cuerpo inerte de estos monstruos mecánicos hechos de chimeneas y explotación, para convertirlos desde el interior en fábricas vivas de la esperanza proletaria” (80). La inserción de Synco en el tejido nacional significó un salto cualitativo sin precedentes, en que “los deseos del pueblo son convertidos en números, que Synco y sus asistentes humanos interpretan como en una sinfonía de singular belleza ... La producción es ahora un fenómeno biológico que no se debe casi intervenir, sino solo asistir” (81). Synco es, a todas luces, el sueño final de la tecnocracia: reemplazar la lenta y friccionada deliberación política por la eficiencia implacable de la técnica.

Pero Synco no es lo que parece. La tercera entrevista de Martina es con Ricardo Lagos, mano derecha de Fernando Flores y encargado de mostrarle a la protagonista las entrañas del cerebro de Chile. Martina se reúne con Lagos y bajan varios metros por debajo del suelo hasta llegar a la sala hexagonal que se ha vuelto la imagen más vendida de Synco. El *ops-room*, con sus controles remotos, sus pantallas y su estética setentera. Sin embargo, como todo en el Chile de Baradit, esto no es más que una fachada: debajo de la sala de mandos está el verdadero Synco: una máquina infinita enterrada en el corazón de la tierra, un caos de cables como tendones y una serie de callejones repletos de basura, desperdicios y mal iluminados: “[e]l futuro tecnológico del socialismo es una soberana mierda’, una red de callejones hediondos a meado, decadente. El desorden propio de cualquier proyecto tercermundista elevado a la décima potencia” (104). Después de un breve

paseo por el caótico corazón de la máquina, Martina y Lagos llegan al verdadero *ops-room*:

Martina tenía la sensación de haber salido de una metalúrgica para entrar en una empacadora de pescado. Las paredes tenían seis metros de altura y estaban llenas de procesadores corrientes de cinta magnética, puestos unos sobre otros hasta el techo en repisas metálicas mal pintadas. Colgando de las alturas, más hamacas, aún con un par de operarios durmiendo. (106)

Martina queda impactada ante el terrorífico espectáculo. Lo que realmente esconde *Synco* es una máquina succionadora de trabajo común y corriente, de miles de niños y jóvenes operarios que dedican su vida a traspasar información en tiempo real.

Vuelvo nuevamente a mi hipótesis: *Synco* es una forma de destruir la utopía socialista de Allende, y al destruirla, lo que queda es una crítica descarnada a ciertos aspectos de la política concertacionista de la época. ¿Qué hay detrás de *Synco*? Una máquina explotadora de niños que tiene serios problemas de sustentabilidad¹⁹. ¿Qué hay detrás de la tecnocracia dominante en Chile durante los primeros años del siglo XXI? Una narrativa de progreso social, de milagro económico y excepcionalidad dentro de la región—los Jaguares de Latinoamérica—, que en realidad solo esconden las profundas desigualdades del sistema chileno. La correlación entre lo que sucede en *Synco* y los años de transición concertacionista quedan aún más claros con la siguiente entrevista: Sergio Onofre Jarpa.

Onofre Jarpa fue presidente del Partido Nacional y luego del Golpe Ministro del Interior de Pinochet desde 1983 a 1985, y sobre quien pesaba una orden de detención internacional por violaciones a los derechos humanos hasta su muerte en 2020. En la novela mantiene su viejo rol de líder del principal partido de derechas de la época. Recibe a Martina por una vieja amistad con su padre, aunque ante las insistentes preguntas de la joven venezolana también pierde la paciencia rápidamente. Para Onofre Jarpa el secreto no estuvo ni en los militares ni en el desarrollo tecnológico, sino en las negociaciones que él tuvo con Allende justo antes del Golpe: “Ni la intervención militar ni el despegue productivo aseguran la paz y la estabilidad de todo un país. Solo un amplio acuerdo político puede hacer el milagro” (136). Jarpa argumenta que en el momento en que Allende se vio acorralado, ellos—la derecha chilena—tuvo la hidalguía suficiente para firmar un amplio acuerdo político que le dio estabilidad al país.

La crítica, nuevamente, cae sobre las élites chilenas que, luego del retorno a la democracia se escudaron en lo que se ha llamado, eufemísticamente, la “democracia de los acuerdos”. Esta política de acuerdos no fue otra cosa que una serie de concesiones hechas por el oficialismo y la oposición en que se alcanzaban grandes acuerdos políticos para afrontar la transición a la democracia. Por supuesto, lo que se escondía detrás de estos acuerdos era el sistema binominal impuesto por

Pinochet, que reprimía voces disidentes y les entregaba una gran gobernabilidad a las coaliciones más grandes, en este caso la Concertación y la Alianza por Chile, pero además le ofrecía un sistema de veto a la minoría de derecha. Este proceso sería la cara política de la consolidación del sistema neoliberal heredado de la dictadura. (Garretón)²⁰ Encima de esta democracia de acuerdos transversales, la Concertación construyó un relato de excepcionalidad basado en el éxito económico—medido en puntos del PIB—y sus procesos de democratización. Pero como intenta plantear la novela, estos acuerdos no fueron más que concesiones hechas a partidos reaccionarios y evidentemente golpistas (no en vano Baradit usa la figura de Onofre Jarpa, a la postre uno de los ministros más sanguinarios de Pinochet).

El relato concertacionista de estos años, como decía, se sostuvo en buena parte sobre los logros macroeconómicos del país, que supo acomodarse a la “tercera vía” que se prometía en la Europa socialdemócrata e incluso en los gobiernos progresistas neoliberales de Bill Clinton y Tony Blair (Ruiz Encina 2019). El socialismo de Allende, en términos históricos, estuvo lejos—ya fuese por un anacronismo obvio o por convicciones políticas—del neoliberalismo progresista de Clinton y Blair. Sin embargo, en la novela de Baradit, Allende, por alguna misteriosa razón, se ha convertido en el campeón de esta ideología de centro izquierda noventera. Como señala un Concejal chileno a un medio italiano: “Socialista y democrático. No somos esbirros de Moscú. Tampoco de Washington, menos de guerrilleros transnochados que todavía no se dan cuenta de que su permanencia es solo la verificación de un largo fracaso” (187). A estas alturas, para cualquier lector mínimamente enterado de los, hasta entonces, 18 años de gobierno concertacionista, es evidente que Baradit se está refiriendo de manera cada vez más directa a la centro-izquierda chilena. Saldías, por ejemplo, cree que la novela es una crítica al estado postdictatorial de indiferencia y apatía con respecto a la democracia representativa, propia del siglo xxi chileno:

To conclude, I would like to posit that this need to understand and activate social desire in an educated way, free from ideological intervention or manipulation, constitutes a specifically twenty-first-century, postdictatorship Chilean critique of the political context of the country, in which the general opinion toward the efficiency of representative democracy and ideological adherence is, at best, of indifference and, at worst, of complete rejection and disappointment (412)

Mi lectura, que parte de esta última idea solo esbozada por Saldías, propone que la especificidad con que la novela trata la élite política chilena es una manera de abordar el presente de manera directa.

Resumamos: la novela, mediante el personaje local/extranjero que ocupa una posición doble, desestabiliza, a través de un *tour de force* por el Santiago cibernacionalista, la utopía de Allende. La primera lectura de la novela evidencia, como señala Saldías, una crítica al utopismo socialista de los años sesenta. Ahora bien, una segunda lectura podría agregar una crítica a los años de producción de la novela—en un recordatorio de la función más básica de la ciencia ficción: la crítica del presente—en los que el relato concertacionista mostraba ya los signos de un debilitamiento crónico, y que desembocarían en la vuelta de la derecha al poder después de casi cuarenta años. Baradit ataca, mediante las entrevistas de Martina, los pilares sobre los que se construyó el relato de la centro-izquierda: la tecnocracia como reemplazo de la deliberación política (Fernando Flores), la “democracia de los acuerdos” como eliminación del disenso político (Sergio Onofre Jarpa) y el disfraz del modelo neoliberal con un “rostro humano”²¹ (Ricardo Lagos). Lo que se encuentra en el centro de todas estas críticas, y que la convertiría casi en el punto nodal de una alegoría del neoliberalismo chileno, es Synco, la máquina.

V. Conclusión: Ciencia ficción chilena y la crítica a los procesos de modernización

De manera similar a lo que Thomas Moylan (2000) apuntó por el retiro progresivo de las utopías durante la década del setenta en Estados Unidos y el predominio de la antiutopía y la distopía en las décadas posteriores, la cf chilena, después del retorno de la democracia, mostró una alta correlación con el panorama político. En un principio, un fuerte impulso utópico, basado en las esperanzas de la democracia recién recuperada, produjo una novela sobre un androide que resuelve casi todos los problemas sociales, políticos e incluso históricos. Esta novela refleja fuertemente los primeros años de la Concertación, que mostró un éxito económico notable al tiempo que eliminó la disidencia política mediante la tecnocratización. El impulso antiutopista, para retomar la discusión de Moylan, llegó con las primeras grietas de la narrativa de la Concertación. La desigualdad, la dependencia exterior y el predominio de la lógica del mercado fueron el eje central de *2010: Chile en llamas*. Aun así, en un movimiento algo reaccionario, Darío Osés colocó la esperanza utópica en un pasado pretecnológico. Cuando la Concertación ya se desmoronaba, dispuesta a disolverse en la fragmentación política, Jorge Baradit publicó *Synco*, una novela que intenta dismantlar todo lo que queda de la coalición de centroizquierda: sus mitos—siendo Allende el más poderoso—pero también sus supuestos logros.

Esta lectura de los años de la Concertación plasmados en estas tres novelas de ciencia ficción demuestra, nuevamente, la capacidad que tiene el género para comprender, analizar y criticar los procesos históricos. Como ya mostró Néstor García Canclini (1990), América Latina ha atravesado varios momentos fallidos de

modernización, produciendo una contradicción fundamental, a saber, un modernismo exuberante versus una modernización pobre (65). Este constante desfase entre modernización y modernismo provocó una multitemporalidad heterogénea en la región, la confluencia de diferentes tradiciones en un mismo momento: la católica, la indígena y la moderna. La ciencia ficción chilena, siempre con un ojo en el desarrollo y la innovación tecnológica, y otro en su propio presente, lee y elabora esta multitemporalidad poniendo atención especial a los procesos materiales, recordándonos qué se esconde debajo de la cultura de la innovación, las redes digitales y la automatización en boga desde los noventa, y cómo sus promesas quedaron a mitad de camino.

Si bien la cf chilena no ha sido nunca un género central del campo literario nacional, su capacidad de leer, analizar y criticar los procesos de modernización no es, en ningún caso, nueva.

Andrea Bell (2013) notó cómo en la primera mitad del siglo XX, tres relatos de Hugo Correa, uno de los autores de ciencia ficción más importantes de la historia de Chile, realizaban una aguda crítica a los procesos de industrialización patrocinados por el Estado. La cf chilena siempre ha investigado los problemas y ansiedades que acarrea la modernización, ya sea promovida por el Estado, impulsada por progreso tecnológico extranjero o por el paradigma neoliberal ahora dominante. Además, esta crítica se manifiesta usualmente como una respuesta a los procesos de modernización que quedaron a medio camino, con promesas a medio cumplir. Tal vez sea esta la línea que une una larga tradición cienciaficcional chilena, que, a pesar de permanecer a la sombra del canon, adquiere cada vez más vigencia producto del alcance de la última revolución digital

Si bien las últimas novelas de ciencia ficción publicadas en Chile tienden notoriamente hacia la ucronía y la historia alternativa, esto no quiere decir que el género haya perdido su capacidad de leer e imaginar el futuro. Luego de las elecciones de 2010, cuando, después de más de 50 años, un candidato de la derecha ganó la presidencia, nuevas fuerzas comenzaron a moldear la política chilena. Desde las Manifestaciones Estudiantiles de 2011 hasta el aún más amplio estallido social de 2019, la narrativa y el poder político de la Concertación quedaron obsoletos. Todavía tenemos que ver qué nuevas fuerzas llegarán a dar forma a la próxima serie de promesas de modernización y cómo estas se articulan con la nueva Constitución que Chile ha decidido escribir. Pero sí podemos estar bastante seguros de que la cf tendrá algo que decir al respecto.

Notas

¹ A esta novela se sumarían *Las criaturas del cyborg* (2010) y *Ojos de metal* (2014), que conformarían una de las pocas trilogías de ciencia ficción “dura” en Chile.

² Concertación de Partidos por la Democracia, o Concertación, fue una coalición de partidos políticos de centro izquierda, creada como oposición a la dictadura de Pinochet, y que gobernaría Chile desde 1990 hasta el 2010.

³ Mi hipótesis dialoga directamente con el trabajo de Macarena Areco (2009), quien ha hecho un trabajo muy interesante en esta línea, especialmente en su artículo “Visión del porvenir, espejo del presente: Panorama de la ciencia ficción chilena” (2009) en el que lee la ciencia ficción de finales del siglo XX y principios del siglo XXI como una respuesta al Chile globalizado de los años noventa.

⁴ En palabras de su protagonista:

El Coronel Velasco—nuevo gobernante provisional después del derrocamiento del Generalísimo—había dispuesto por Ley de la República, aunque parezca gracioso, el cese de toda forma de proscripción y persecución ideológicas. Habría que ver cuánto duraría su vocación democrática, si iría más allá de los luminosos anuncios de elecciones que deslumbraron a los políticos-becarios realizadores de estudios sociales económico-político-sociológicos que comenzaban a disputarse entre sí como fieras, con uñas y dientes, por los ministerios, subsecretarías, intendencias, gobernaciones, alcaldías y embajadas (42)

⁵ Tomo aquí el concepto de enclave, que para Jameson es parte constitutiva del pensamiento utópico desde Moro en adelante. De manera esquemática, podríamos decir que la utopía siempre necesita un cierre espaciotemporal con el que diferenciarse de su contraparte real, y al mismo tiempo busca borrar o invertir alguno de los componentes de ese contrapunto: el dinero, la muerte o la desigualdad, por ejemplo. (15)

⁶ Incluso Patricia Espinoza, una de las lectoras más implacables del periodismo chileno, consideró que la novela lograba mezclar de forma coherente diferentes géneros que “aparecen al servicio de la reconstrucción del devenir político social chileno” (3), en lo que representó una gran recepción general de los lectores especializados (salvando el caso de Rodrigo Pinto).

⁷ Si bien no estudia esta novela, Andrew Brown (2010) ha señalado con perspicacia, y hasta cierto punto contradiciendo las posiciones más canónicas alrededor del cyborg, que en Latinoamérica—a diferencia de los países industrializados que diseñan y producen la tecnología que el resto utiliza—el cyborg, lejos de ser una figura emancipadora, se encuentra más bien en la intersección entre dictadura y neoliberalismo. [“one increasingly finds cybernetic bodies and technological identity at the sociopolitical intersection of military dictatorship and neoliberal policy”] (2). La novela de Muñoz Valenzuela es un ejemplo más de cómo ciertas metáforas se rearticulan dependiendo del lugar donde se utilizan. Nótese la distancia sideral que existe entre el androide ansioso de tener un pene y la idea del cyborg como lugar de resistencia que promovía, por ejemplo, Donna Haraway (1995)

⁸ La generación de los hijos, por lo general, se refiere a una serie de escritores nacidos en los años 70 y 80, quienes vivieron la dictadura desde el punto de vista del niño que no entiende muy bien qué está sucediendo, pero que al mismo tiempo debe procesar los traumas asociados a la dictadura en su vida adulta, dejándolos en un eterno estado de transición o “post”. Alejandro Zambra, Nona Fernández y Alejandra Costamagna son algunos de los mejores exponentes de este movimiento literario. Para más información, revisar Botinelli (2016) o Amaro (2013)

⁹ Como afirmó Grínor Rojo (2016), toda novela escrita en Chile en los últimos cuarenta años ha estado marcada por la experiencia dictatorial. Para Rojo, no hay literatura fuera del trauma. Este es un argumento recurrente en la academia chilena. Nelly Richard (1998, 2007), Rodrigo Cánovas (1997) y Michael Lazzara (2006) son algunos ejemplos. La *cf* podría ser una de las formas en que

la literatura podría “escapar” de este espacio dominante, creando nuevos temas y aproximaciones a la historia, el presente y por supuesto el futuro.

¹⁰ No solo el sistema económico ha sido reconocido como una continuidad dictatorial en Chile. También el sistema legal y político. La abolición del sistema binominal, que le aseguraba a la derecha pinochetista un lugar preponderante en el congreso—y del que la Concertación aprendió a usufructuar también—fue siempre visto como un resabio dictatorial. Sin embargo, el caso más emblemático es el que se da por estos días, en que Chile, mediante un plebiscito histórico, decidió derogar la carta de 1980, los cimientos que sostienen el edificio neoliberal chileno.

¹¹ Andrea Bell (2018) ha denominado el periodo que va desde 1959 hasta mediados de los años ochenta como una edad de oro o clásica de la cf chilena, sustentándose especialmente en la figura de Hugo Correa, sin duda el escritor de ciencia ficción más importante de la historia de Chile, o por lo menos hasta la aparición de Baradit.

¹² Si tomamos como referencia a los cuatro autores que componen lo que se conoce como Freak Power (aunque se podría extender el alcance a otros autores, y no solo literarios), podemos notar que Álvaro Bisama ocupa un lugar relevante en la academia (Universidad Diego Portales) y los medios (es columnista habitual en *La Tercera*), Mike Wilson, a su llegada a Chile ocupó un puesto en la Pontificia Universidad Católica, Efe Ortega todavía participa activamente de revistas, medios digitales e impresos y Jorge Baradit ha logrado una exposición mediática sin precedentes para un autor de ciencia ficción, a pesar de que sus últimos trabajos no están relacionados directamente con el género. Lo mismo podemos ver en la ciencia ficción de mujeres, que con la antología *Imaginarías* (2018 y 2020), editada y producida por La Ventana del Sur, logró abarcar nuevos espacios, muchos de ellos vetados para las mujeres en un género marcadamente masculino.

¹³ Toledano y Sommerfeld (2015) proponen una hipótesis similar: Synco permitiría “discutir la dictadura en otros términos ... y utiliza la ucronía para distanciar al lector de la realidad pasada, oficial, y ayudarle a enfrentarse a la suya propia, a sus recuerdos más dolorosos.” (11)

¹⁴ Algunos de los capítulos son delirios altamente crípticos de personajes situados en diferentes épocas o universos. Además, Baradit produjo algunas fotografías y titulares de periódicos históricos alterados. Consultar los capítulos 49, 54 y 56 para ver algunos ejemplos, o las imágenes después del capítulo 1.

¹⁵ Patricia Espinosa, “Crítica literaria. Un delirio filonazi,” *Las últimas noticias*, November 21, 2008.

¹⁶ Creo que no vale la pena ahondar en el concepto de “aburrimiento” propuesto por Jameson en relación a la obra baraditiana, sin embargo, la idea de “destruir” una utopía que aparece en *Synco*, está estrechamente relacionada con la relación entre utopía y acontecer histórico—que se detiene para siempre en el cierre utópico: “Pero puede decirse que la ausencia de estos grandes acontecimientos históricos es poco más que un reflejo de la ausencia de acontecimientos menores en la vida cotidiana, junto con la ausencia de acción que parece caracterizar a las utopías más tradicionales, reducida a poco más que relato de amor superficiales en el transcurso de la gira utópica. Pero dichas ausencias, que pueden justificarse por la especificidad de la forma utópica, siempre nos pondrán en la senda de ese reproche al aburrimiento que es, en realidad, uno de los temores más profundos que motivan el antiutopismo político, a saber, el “fin de la pre-historia” marxiano conducirá a un mundo en el que exista poco más que ‘nacimiento, cópula y muerte’” (Jameson 188)

¹⁷ www.cybersyn.cl De este mismo sitio web se extrajo la información que sirve como epígrafe a la novela. Vale una pequeña digresión para contar brevemente de qué se trató este proyecto, la base histórica sobre la que se construye buena parte de la novela. El año 1971, Flores y Raúl Espejo, parte en ese entonces de la directiva de CORFO, se ven en la necesidad de coordinar el gran número de información obtenida de las diferentes empresas del Estado. Deciden escribirle una carta a Stafford Beer, quien ya había propuesto una serie de teorías en los años sesenta para crear sistemas de manejo y recopilación de información en tiempo real. El resultado fue el proyecto Cybersyn.

Obviamente, todo lo avanzando hasta ese entonces queda truncado por efecto del Golpe Militar de 1973

¹⁸ Las más notables fueron su voto a favor de la acusación constitucional contra Yasna Provoste, su apoyo a Jovino Novoa (viejo referente de la derecha más radical) para ser presidente de la cámara del Senado, y su respaldo a Sebastián Piñera como candidato a la presidencia de Chile el 2008.

¹⁹ Como bien señala David Laraway (2013), recordando tanto a las condiciones de trabajo de las salitreras chilenas que relata Baldomero Lillo en *Subterra* (1904) o bien a las condiciones de trabajo de las fábricas chinas actuales, “The point is not simply that the Synco system aspires to complete tasks better suited to digital information transfer at a time in the 1970s in Chile when only antiquated, labor-intensive, analog tools were available: it is rather that the ubiquity of computation always implies a material substratum of exploitative labor.” (158)

²⁰ En las elecciones parlamentarias, la Concertación triunfó durante todo el período, pero la presencia hasta 2005 de senadores designados, el sistema electoral binominal que le daba a la minoría de oposición el mismo número de escaños que a la mayoría, y la existencia de quórums especiales para los temas más significativos (todos ellos enclaves impuestos por la dictadura a través de la Constitución de 1980), en general consagraron un empate entre la coalición de gobierno y la de oposición de derecha (Garretón 80).

²¹ “Crecimiento con equidad” (Ffrench Davis, 2003), “Economía Social de Mercado” (como señaló en su visita a Chile el año 1991 Helmuth Kohl) o Mercado con rostro humano, entre otras, fueron algunas de las metáforas que se usaron en aquellos años para referirse a la política económica de los gobiernos de la Concertación.

Obras citadas.

Areco, Macarena. “Visión del porvenir, espejo del presente: Panorama de la ciencia ficción chilena” En *Hispanamérica*, Año 38, No. 112, 2009 pp. 37-48

Baradit, Jorge. *Ygdrasil*. Ediciones B, 2005

Bell, Andrea. “Chile”, en *The Encyclopedia of Science Fiction*, 2018
<<http://www.sf-encyclopedia.com/entry/chile>> (8/19/2019)

---. “The critique of Chilean industrialization in Hugo Correa's avatar stories.”
En *Science Fiction Studies* 40.2, 2013, pp.301-315.

Brown, J. Andrew. *Cyborgs in Latin America*. Springer, 2010.

Davies, William, ed. *Economic Science Fictions*. MIT Press, 2018.

Espinosa, Patricia. “El desembarco de un cyborg” En *La época*, 1998, p.3

Ffrench-Davis, Ricardo. *Economic reforms in Chile: From Dictatorship to Democracy*. Palgrave-McMillan, 2010.

García Canclini, Néstor. *Culturas híbridadas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, 1989.

Garretón Merino, Manuel Antonio. *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado: Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*. Editorial Arcis, 2012.

-
- Güell, Pedro. "En Chile el futuro se hizo pasado: ¿y ahora cuál futuro? Ensayo sobre la construcción simbólica del tiempo político." En *El Chile que viene. De dónde venimos, dónde estamos ya dónde vamos*, 2009 pp.17-37.
- Jameson, Fredric. "Progress versus Utopia; Or, can we imagine the future? (Progrès contre Utopie, ou: Pouvons-nous imaginer l'avenir)." En *Science fiction studies*, 1982, pp.147-158.
- . *Arqueologías del futuro*. Madrid: Akal, 2009
- Laraway, David. "Back to the Future: Salvador Allende's Steampunk Chile." En *A Contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos* 11.1, 2013. pp.152-169.
- Muñoz Valenzuela, Diego, *Flores para un ciborg*, Mondadori, 1996
- Moylan, Thomas. *Scraps of the untainted sky: Science fiction, utopia, dystopia*. Routledge, 2018.
- Oses, Darío. *2010: Chile en llamas*, Planeta, 1998
- Pinto, Rodrigo. "Flores para un cyborg. Reseña". En *Revista Caras*. 1998
- Ruiz Encina, Carlos Eduardo. *La política en el neoliberalismo: Experiencias latinoamericanas*. LOM ediciones, 2019.
- Sánchez Prado, Ignacio. "Ending the World with Words: Bernardo Fernández (BEF) and the Institutionalization of Science Fiction in Mexico." En *Latin American Science Fiction*. Palgrave Macmillan, New York, 2012. 111-132.
- Saldías, Gabriel. "Remembering a Socialist Future in Postdictatorship Chile: Utopian Anticipation and Anti-Utopian Critique in Jorge Baradit's Synco", En *Utopian Studies*, Volume 29, Number 3, 2018 pp. 398-415
- Silva, Patricio. "Los tecnócratas y la política en Chile: pasado y presente." En *Revista de Ciencia Política*, vol. 26, 2006. Pp.175-190
- Sommerfeld, Kaitlin R. y Toledano, Juan C. "Recuerdos que curan. Memoria y ciencia ficción en Chile," En *Alambique. Revista académica de ciencia ficción y fantasía*, Vol. 3: Iss. 1, Article 4. 2015
- Rojo, Grínor. *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena: ¿Qué y cómo leer?* LOM ediciones, 2016.
- Wilhelmy, Manfred, and Roberto Durán. "Los principales rasgos de la política exterior chilena entre 1973 y el 2000." En *Revista de ciencia política* Vol. 23.2, 2003. pp.273-286.